

“Amén, os digo que dondequiera que se proclame el evangelio al mundo entero, se contará en memoria de ella lo que ella ha hecho”.

Justo antes de la Última Cena, Jesús señala la acción de una mujer anónima como tan significativa que ella y su acción deben ser recordadas para siempre cada vez que se proclame el evangelio. De la riqueza del evangelio de hoy, examinemos este episodio.

Una mujer sin nombre. ¿No es así tan a menudo? Una mujer sin importancia a los ojos del mundo comprende exactamente lo que está pasando y trae la luz de su amor para dar sentido a la vida, aquí, a la vida de Jesús.

Jesús sabe que las autoridades religiosas están tratando de arrestarlo y matarlo pronto. Tenía que estar muy angustiado. Otros a su alrededor parecen ignorar felizmente su peligro. La mujer sin nombre ve directamente al corazón de la realidad, y ve directamente al corazón de Jesús. Luego ofrece todo lo que tiene a este hombre, Jesús. Ella unge con significado, toda la tragedia que está a punto de suceder. Rompió el frasco de alabastro.

Si tuvieras un frasco de alabastro, no es probable que lo rompas intencionalmente. El alabastro es muy bonito y caro. Como símbolo, el frasco representa a la mujer misma. Ella rompe el don de sí misma; ella pone todo su ser en la línea.

Esta es a menudo la realidad de la vida de una mujer. Recuerdo que indagué en la genealogía de mi familia y me sorprendió la frecuencia con la que mis bisabuelas y tataras abuelas morían al dar a luz. Resulta que hasta hace poco esto era muy común. Las mujeres arriesgan su vida para llevar a la humanidad hacia el futuro. Este sigue siendo el caso hoy en día.

A pesar de toda la “autoridad” que tienen los hombres, incluso en la iglesia, son las mujeres las que hacen avanzar la vida y le dan sentido. Derramó el costoso aceite perfumado sobre la cabeza de Jesús. El frasco de alabastro puede haber sido precioso, pero aún más invaluable era lo que contenía.

Así es como se ungen reyes y profetas. Así es como se unge el Cristo. El aceite corre por su cabello y barba. Un gesto tan íntimo. Esta es una acción tan profunda que no se puede comprender por completo. Solo su corazón lo entendió.

Tiene tantas capas de significado que sorprende de asombro. Ella unge a Jesús el Cristo. Ella reconoce la verdad de Jesús, el significado que tiene para la humanidad. Actúa como solo un profeta puede actuar: unge al enviado para salvar al pueblo. Ella unge a Jesús para la muerte. Ve el dolor en el corazón de Jesús y quiere consolarlo. Su muerte no será un fracaso. El no será un fracaso.

Mientras se dirige a su muerte, ella quiere que sepa que es profundamente amado. Ella lo ama. Ella lo llorará. Así es claramente como Jesús vio su acción. ¿Era ella una de las mujeres al pie de la cruz cuando todas las demás lo habían abandonado?

Ella unge a Jesús derramando todo su ser, todo lo que es, todo su espíritu. Ella se entrega a Jesús.

¿Cómo responde la gente? No se nos dice, pero podemos suponer que algunas de las que respondieron eran otras mujeres. Menospreciando, subestimando, atacando, menospreciando e incluso usando el cuidado de Jesús por los pobres en su contra. “Estaban enfurecidos”. Todavía vemos esto hoy.

Casi cualquier mujer cuya cabeza sobresale por encima de otras es atacada, especialmente por otras mujeres. A pesar de todos los avances que hemos logrado, tenemos un largo camino por recorrer. Jesús no fue el único crucificado ese día. La mujer anónima fue crucificada. ¿Cómo respondió Jesús?

“Déjala en paz. Ella ha hecho lo que podía hacer”. Jesús siempre defiende la dignidad de la mujer y las levanta. Valora a las mujeres y sus dones. Aquí, él valora su perspicacia y amor. Mientras ella lo bañaba con la cálida luz de su amor, Jesús ilumina la brillante luz del amor de Dios sobre ella porque él la ve y quiere que la veamos.

“Dondequiera que se proclame el evangelio al mundo entero, se contará lo que ella ha hecho en su memoria”. La Pasión de Cristo.